

guerra injusta, dice á Mahoma: cierra los ojos. Si la suerte me es favorable, tendré que estar agradecida á Mustafá y á sus compañeros por haberme proporcionado una gloria con la cual no había yo contado (1).»

Sin embargo, trascurrió algún tiempo antes de que comenzaran las victorias: en 1769 tuvo efecto la invasión de los tártaros, los cuales se llevaron de la provincia de Jelizawetgrad millares de prisioneros y un rico botín, é iguales devastaciones llevaron á cabo en Bachmut. Esta última invasión de los tártaros fué una prueba evidente de cuán necesario era contar con aquellos bárbaros para apoderarse de los territorios que se extendían hasta la orilla del Mar Negro: esto se consiguió veinte años mas tarde (2).

En la primavera de 1769, los ejércitos rusos conducidos por Colizyn y Rumjanzoff, despues de haber padecido mu-

cho á consecuencia del frio (3), llegaron á las fronteras turcas. El plan de Rumjanzoff que consistía en apoderarse de Otschakoff y ocupar la Crimea (4) no debía realizarse hasta mas adelante.

Las hostilidades comenzaron en la fortaleza turca de Choczym. Por falta de cañones, sin embargo, no pudo comenzar Colizyn el sitio, y tuvo que retroceder y volver á pasar el Dniester. Colizyn fué destituido, y la fortaleza de Choczym ocupada en 20 de setiembre despues de haberla abandonado los turcos. Poco había costado esta victoria, á pesar de lo cual tuvo cierta influencia en los sucesos. En 26 de setiembre, el teniente general Elmpt entró en Jassy: los habitantes de Moldavia prestaron homenaje á la emperatriz, la cual escribió á Bibikoff, diciéndole: «La nueva princesa de Moldavia os saluda.» Llena de júbilo escribió tambien que el visir había pasado el Danubio, que las pérdidas de



Retrato de Alejo Orlov, en la medalla de Tschesme. Tamaño natural. Tomado del original que posee el consejero de Estado J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de A. Lütke

los turcos eran enormes y que el ejército ruso nadaba en la abundancia (5).

En sus cartas á Rumjanzoff procuraba estimular por todos los medios el orgullo del general, haciéndole ver que, con el auxilio de los griegos, las operaciones en el Sur se verían coronadas por el éxito y que la Rusia tenía allí muchos aliados. «Europa tiene los ojos fijos en vos,» decía en una de sus cartas. Hechos prisioneros los hospodares de Moldavia y de Valaquia, dijo Catalina en tono de chanza, que Rumjanzoff debía enviarle tambien como prisionero de guerra al gran visir y, si era posible, al mismo sultán. La emperatriz opinaba que debían aprovecharse las circunstancias favorables y conquistar la fortaleza de Bender, lo cual

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, X, 309.

(2) Ssolowieff, XXVIII, 19. *Memorias del baron de Tott*, que tomó parte en esta campaña de los tártaros, en Jauffret, I, 319.

(3) *Archivo de Ruskyy*, 1882, I, 49. La obra principal sobre esto es la *Guerra de Rusia con los turcos y los confederados polacos, 1769-1774*, de Petroff, en muchos tomos: San Petersburgo, 1866.

(4) *Archivo de Ruskyy*, 1882, I, 51.

(5) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, X, 389.

se consiguió al año siguiente (1770). Dueños los rusos de Azoff y de Taganrog, ocupóse la emperatriz en llevar á cabo el plan de organizar una poderosa escuadra en el mar de Azoff para desde allí amenazar constantemente las costas del mar Negro hasta Constantinopla y las bocas del Danubio. Comenzó tambien á pensar en una conquista del Cáucaso y se enteró de la situación de la ciudad de Tiflis y de las relaciones que entre los principes caucásicos existían. El ardor con que hacia preguntas á distintos personajes, daba instrucciones, queria enterarse de todo y aguijoneaba la actividad de todos nos recuerda la infatigabilidad y fuerza expansiva de Pedro el Grande (6).

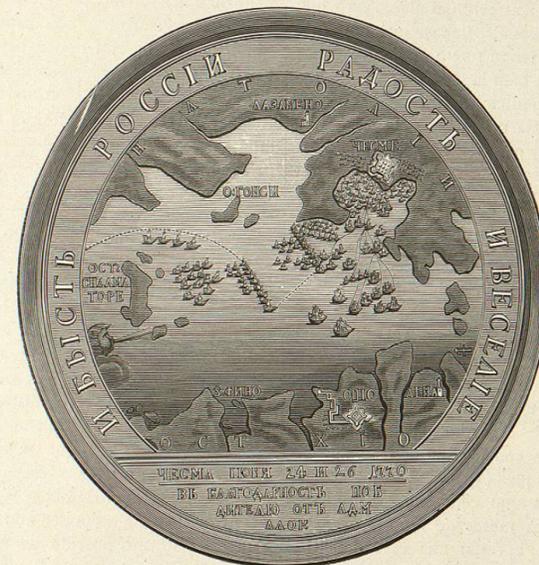
Una de las ocupaciones constantes de Catalina era pintar, en las cartas que á sus amigos del extranjero escribía, como muy satisfactoria la situación de Rusia: en ellas hablaba de la prosperidad del pueblo á pesar de las cargas que sobre él hacia pesar la guerra; se burlaba de la mala situación en que se había colocado el sultán; daba poca importancia á la invasión de los tártaros; y manifestaba el descontento que le

(6) Ssolowieff, XXVIII, 25.

causaban los periódicos que no querían describir con tan bellos colores como ella los acontecimientos ó que publicaban falsas noticias acerca de supuestas derrotas de los rusos. En una carta dirigida á la señora Bjelke, se regocijaba por la noticia inserta en un periódico que decía que la escuadra rusa se apoderaría muy pronto de Constantinopla, añadiendo en tono de broma, que esto era mas fácil que coger la luna con los dientes, y que haría todo lo posible para que la noticia llegase á ser una realidad (1). La emperatriz recibió con placer la felicitación que le envió Federico (2). En la primavera de 1769, escribió al conde Ivan Chernysheff. «Necesito muchos cañones, pues bombardeo al imperio turco por sus cuatro costados: no sé si comenzará el fuego ni si estallaré el incendio, pero me consta que nunca se ha atacado con tanta energía á los turcos como lo hacemos nosotros ahora.» Describía luego en términos muy expresivos

las victorias conseguidas en Azoff y Taganrog y la rapidez con que se construían buques para enviarlos al mar de Azoff y añadía en tono de broma: «Hemos quitado la cáscaca á muchos granos, lo cual ha causado gran placer á mucha gente.» En otra carta en que hablaba de los grandes preparativos que se hacían para la expedición al Archipiélago, decía: «No creéis cuánta energía desplegamos para esta guerra, cuántas cuerdas de nuestra lira hemos puesto tirantes; si nuestros enemigos no se lamentan, no será culpa nuestra, sino del destino.» Catalina no pensaba mas que en la guerra y el embajador francés Sabathier de Cabres, que se presentó en San Petersburgo como mensajero de paz, fué recibido como gallina en corral ajeno, etc. (3).

Catalina cifraba grandes esperanzas en la expedición al Archipiélago, expedición que se había proyectado desde que estalló la guerra. Gregorio Orloff fué quien primero inició



Reverso de la medalla conmemorativa de la victoria de Chesme, con el plano de la batalla. Tamaño natural. Tomado del original que posee el consejero de Estado J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de A. Lütke

esta idea en el Consejo del Imperio, sosteniendo que, al comenzar la guerra, debía tenderse á un objeto determinado, cual era que el premio de la victoria fuese la libre navegación del mar Negro. Gregorio leyó una Memoria «sobre la expedición al Mediterráneo», acordándose por el Consejo excitar desde allí á la insurrección á los súbditos de la Puerta en Morea, Dalmacia, Montenegro, etc. El vicecanciller debía formar una lista de los pueblos cristianos que había en la península de los Balcanes (4).

De la misma manera que la protección dispensada á los disidentes ortodoxos de Polonia había sido un arma poderosa contra este Estado, igual éxito podía conseguirse en

Turquía por medio de una alianza con los griegos y otros cristianos de los Balcanes.

No era esta la primera vez que se había tratado de establecer semejante comunidad de intereses entre Rusia y los cristianos de Turquía. En el siglo XVII, el servo Jurij Krishanisch había manifestado en sus escritos que una alianza con los cristianos de los Balcanes era el medio mas seguro para desquiciar al imperio turco. Pedro el Grande llevaba el mismo pensamiento cuando en 1711 se presentó en el Danubio en guerra contra la Puerta (5). En este sentido tambien, en 1736, el embajador ruso en Constantinopla había previsto el mejor éxito para su gobierno si se declaraba la guerra á la Puerta (6). Pero ni en tiempo de Pedro el Grande, ni durante la guerra contra los turcos en el reinado de Ana, se habían realizado tan halagüeñas esperanzas. ¿Podrían realizarse á la sazón á consecuencia de los medios poderosos que se empleaban?

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, X, 344, 351, 378, 381, 397, 400 á Voltaire. La carta dirigida á la señora Bjelke se encuentra en la propia *Ilustracion*, pág. 388.

(2) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XX, 265-274.

(3) *Archivo ruso*, pág. 1328-1333. «De todo lo que os escribo y de la disposición de mi ánimo podéis deducir que no pienso mas que en la guerra.»

(4) *Archivo del Consejo del Reino*, I, 355-357.

(5) Mi obra *Pedro el Grande*, 339-455.

(6) *Rusia antigua y moderna*, 1877, II, 266-267.

No se escasearon los esfuerzos violentos para conseguir el fin deseado (1).

Es indudable que la iniciativa de la empresa partió de los hermanos Orloff. Algunos emisarios rusos enviados á distintos puntos del imperio turco habian remitido Memorias excitando á la realizacion de este plan; y en 1763, Gregorio Orloff envió á dos griegos, Manal Saro y Papasuli, al «pueblo espartano» con el carácter de exploradores: Saro volvió en 1756 con buenas noticias, diciendo que los espartanos estaban dispuestos á sublevarse si Rusia les prometia su apoyo, siendo de esperar igual conducta de otros súbditos cristianos de la Puerta. Con solo enviar á las costas de aquellos territorios una escuadra rusa que desembarcara armas para los insurrectos, estallaria una rebelion general. En idéntico sentido trabajaba tambien en las comarcas del Danubio el agitador búlgaro, Karasin.

El embajador inglés Cathcart refiere que Catalina consideró en un principio demasiado atrevido el plan, pero que luego quiso que se llevara á cabo. Esperábase que la Morea, la Albania, el Epiro y las islas serian teatro de una insurreccion, é indudablemente si salia bien la empresa, Rusia podria imponer á la Puerta las condiciones de paz mas onerosas. Por parte de Rusia podia pensarse en una leva de tropas en aquellos territorios; y quizá la emperatriz y Orloff alentaban la esperanza de poder destruir por completo la Turquía (2).

Necesitábase para ello una escuadra, y el estado de la marina rusa dejaba mucho que desear, pues desde Pedro el Grande nada se habia hecho para mantenerla en las condiciones en que él la habia dejado. Catalina habia tenido ocasion en 1765 de inspeccionar la escuadra en Cronstadt, despues de lo cual escribia, á bordo de un yacht, á Panin: «Tenemos barcos y tripulaciones, pero ni poseemos una escuadra, ni podemos disponer de marinos.» Hacia tambien burla de la poca habilidad mostrada en las maniobras y terminaba diciendo que semejante escuadra mas bien que con una armada podia compararse con los buques holandeses empleados en la pesca de arenques (3).

En el curso de las sesiones que celebró el Consejo del Imperio durante los primeros meses de 1769 tratóse con gran energía de la cuestion de aprestar una escuadra, y la misma emperatriz redactó cuestionarios y Memorias. Como jefe de la expedicion fijóse el Consejo en el conde Alejo Orloff que entonces residia en Italia por motivos de salud y que recibió plenos poderes y sumas considerables para emplearlas á voluntad. El gran número de rescriptos y de cartas particulares dirigidas por la emperatriz á Orloff, á muchos oficiales de marina y á distintos hombres de Estado demuestra la parte personal que en la empresa tomó Catalina y con qué atencion se fijó en los detalles de la expedicion. Ella misma extendió las listas de agentes que debian trabajar en el territorio turco; recomendó al conde Orloff la mayor circunspeccion, encargándole que el levantamiento no estallara prematuramente, pues importaba que la guerra civil se encendiera de un modo simultáneo; prescribió á Orloff la

(1) Los materiales para la historia de la expedicion al Archipiélago son muy abundantes. *Archivo del Consejo del Imperio*, 356-395. La correspondencia con A. Orloff se encuentra en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 1-169. Muchas actas constan en las *Memorias de la Sociedad de Odesa para la historia y las antigüedades*, I, 205, y en el *Archivo ruso* 1874, pág. 547. V. un trabajo de Ssolowieff en las *Memorias del departamento hidrográfico* VII, 244, etc., etc.

(2) Véanse las observaciones de Bernhardt. *Miscelánea*, I, 115-117. Acerca de la participacion de G. Orloff véase el *Archivo ruso* 1873, pág. 62, donde se encuentran además algunos detalles sobre el curso de la empresa.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, X, 23-25.

manera de hacer su propaganda y de distribuir las municiones y las armas entre los insurrectos; y se creyó tanto mas segura del éxito, cuanto que á principios de 1769, los griegos se habian dirigido á ella por medio de una solicitud de proteccion (4).

A mediados de julio de 1769, hizose á la vela la primera escuadra rusa mandada por Spiridoff: en setiembre, partió la segunda á las órdenes de Elphinstone que hacia poco habia entrado al servicio de los rusos; y en la primavera de 1770 salió la tercera. Con febril impaciencia seguia la emperatriz la marcha de sus escuadras, teniéndola fuera de sí la lentitud de los movimientos de sus almirantes: de continuo excitaba á que se procediera con mayor rapidez, y apenas podia esperar que comenzara el ataque contra los que llamaba «osos sitiados por todas partes en sus guaridas,» enviando constantemente nuevas escuadras, trasportes y viveres desde Cronstadt (5).

Favorable á la emperatriz fué la circunstancia de que Inglaterra estuviera entonces dispuesta á ver sin envidia los triunfos de Rusia en Oriente, de modo que, por este lado, no habia que temer ninguna dificultad. Llena de orgullo y de esperanzas, escribia Catalina al conde Alejo Orloff: «La Europa entera está sorprendida ante nuestra empresa, y os mira con atencion á vos, como encargado de realizarla: las personas imparciales se alegran de nuestros triunfos; y los envidiosos redoblan sus intrigas (6).»

En Francia se seguia el curso de los acontecimientos con visible malestar: habia circulado allí la noticia de haberse formado una alianza para repartirse el imperio turco; de que Rusia pensaba quedarse con Azoff, Taganrog y el derecho de la libre navegacion del mar Negro; Polonia se quedaria con la Moldavia y la Valaquia, y Prusia y Austria recibirian tambien una buena parte del botin, etc. (7). La expedicion de los rusos al Mediterráneo disgustó en alto grado á los franceses. En cambio, el ministro inglés Rochford, cuando Chernyscheff le habló de la empresa, le dijo: «¡Qué empresa tan atrevida! ¡Lástima que nosotros no estemos en guerra con la Francia; pues dos escuadras unidas podrian hacer grandes cosas!» Pero tambien la amistad de Inglaterra tenia sus limites: Rusia no podia nunca llegar á ser omnipotente. Cuando Cathcart, poseido de entusiasmo por el genio de la emperatriz, escribia que Rusia queria convertir la Crimea y los Principados danubianos en Estados independientes, contestó el ministro inglés que semejantes planes no correspondian á la moderacion del gobierno ruso, pues fácil era comprender que tal clase de Estados «independientes» dependerian, en el fondo, por completo de Rusia. Rochford aconsejó al embajador que no se dejara llevar demasiado de sus sentimientos de admiracion hácia las dotes de la emperatriz (8).

Francia dejó hacer á Rusia, por mas que Choiseul dirigió al gabinete de Luis XV una Memoria en la cual procuraba demostrar la necesidad de echar á pique la escuadra rusa antes de que pasara el estrecho de Gibraltar. El rey y los demás ministros se declararon decididamente contrarios á este arriesgado golpe de mano y creyeron mas prudente dejar que la escuadra del Norte prosiguiera sin obstáculos su ruta (9).

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, II, 284-286.

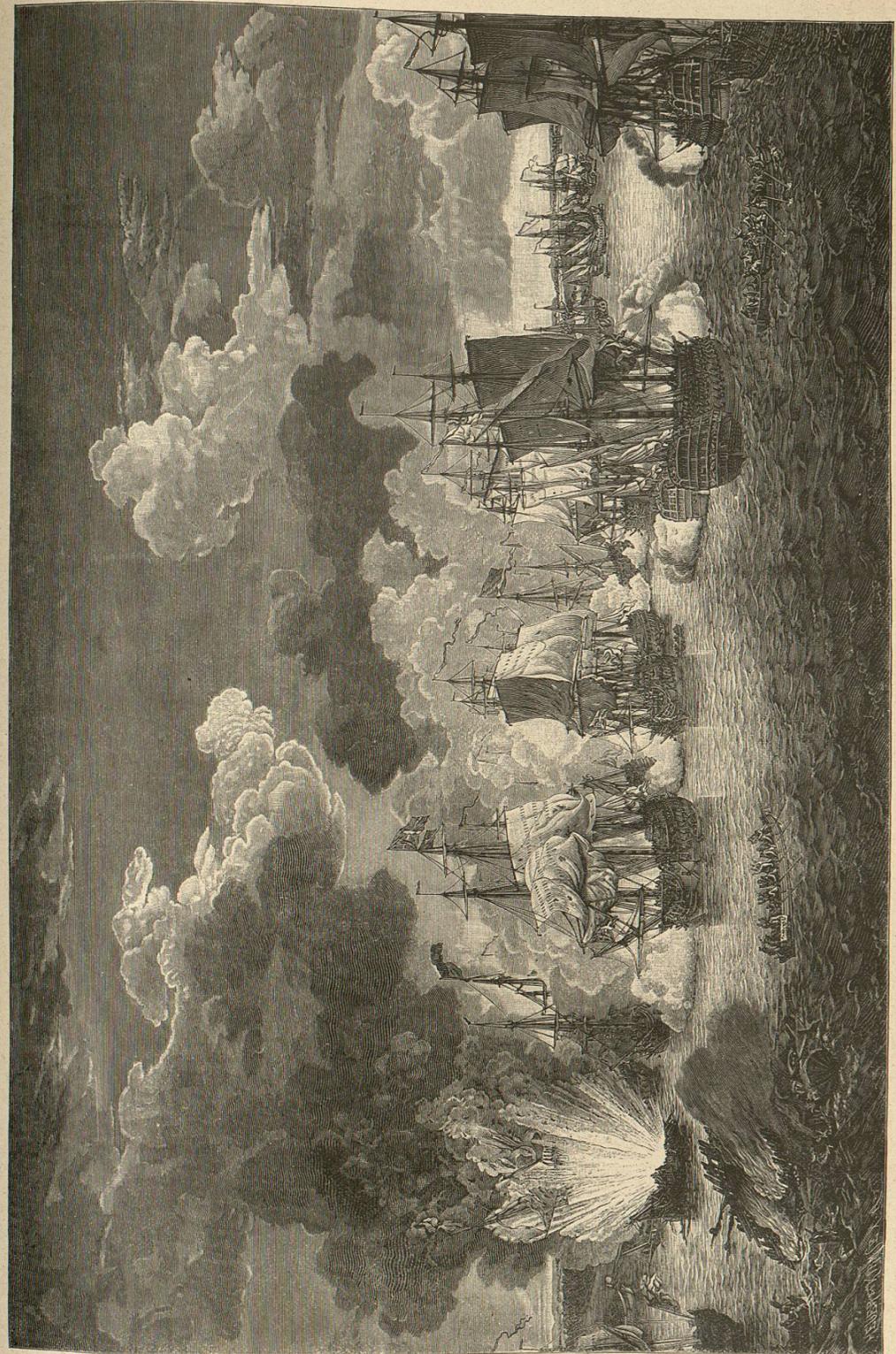
(5) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 1-40.

(6) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 40. Acerca de la lentitud y torpeza de los marinos rusos, véase Ssolowieff XXVIII, 36. Escritos filosóficos de Dinamarca. Véase tambien la Memoria redactada desde Inglaterra por Chernyscheff, pág. 37.

(7) Ssolowieff XXVIII, 94.

(8) Ssolowieff, XXVIII, 103.

(9) Zinkeisen, V. 929.



Combate naval de Tschesme, 5 de julio de 1770 (copia de un cuadro de R. Falon)